

## CICLO DE CONFERENCIAS SOBRE PERSONAJES ILUSTRES EXTREMEÑOS

*Día 12 de junio de 2017*

**Conferencia:** YUSTE, CORAZÓN DE EUROPA

**Conferenciante:** D. Juan Carlos Moreno Piñero, Director de la  
Fundación Academia Europea de Yuste.

**Presentador:** D. Víctor Guerrero Cabanillas, Doctor en Medicina,  
Socio de la RSEEAP.

**Coordinadora:** Dña. Maruja Antúnez Trigo, Socia de Número de la  
RSEEAP.



He titulado mi intervención “Yuste, corazón de Europa”. El título no es mío. Lo acuñó mi buen amigo Víctor Guerrero Cabanillas en un magnífico artículo que el Diario Hoy publicó el 8 de mayo pasado. Intuyo, además, que no muy lejos estaría la mano de Nieves. Le pedí permiso para usarlo y generosamente me lo ha concedido. Gracias de nuevo a ambos.

Difícilmente podría expresar de modo más claro y conciso lo que será objeto de mi intervención: Yuste, y por extensión Extremadura, es corazón de Europa, un corazón tan necesario como el aire que exigimos treces veces por minuto.

Yuste es, físicamente, una Europa en miniatura. En Yuste pueden encontrarse desde frondosos bosques de olmos y robles propios de Baden-Baden hasta batientes gargantas que caen montaña abajo rompiendo entre rocas imposibles, como las alpinas de Verdon. En Yuste soportamos tanto el estío canicular, evocador de Creta, como las densas nieblas y sorprendentes nevadas que en invierno lo revisten con una pátina sobrecogedora, al estilo de las altas tierras de Escocia. La vista majestuosa, altiva incluso, de las sierras de Tormantos, Jaranda y Gredos que se nos ofrece desde la carretera que lleva a Casatejada, allí donde se cruza con la que conduce a Jaraíz, es incomparable. Y si está nevado, los picos blancos de Panera, Las Azagayas, Cancho y Cabeza Pelada son de tal fiera belleza que la mente necesariamente evoca a otro cruce de caminos: el que descendiendo de Alemania lleva a Suiza, Italia y Francia.

Entre mis cometidos, me corresponde el muy honroso de enseñar Yuste a ilustres visitantes que toman el desvío de la Nacional V para adentrarse en el corazón de la Vera, llamados por el recuerdo del Emperador, y deseosos de saber qué misterioso tesoro guarda aquel recóndito lugar.

Tras la visita, hay dos comentarios que predominan. Uno surge cuando el viajero contempla el vergel que se extiende a sus pies, con las Villuercas al fondo, desde la balconada meridional que servía de solaz al Emperador. “No parece que estemos en Extremadura” -dice el huésped-. Evidentemente, quien así habla no conoce nuestra tierra.

No sabe de su riqueza natural; desconoce la belleza sin par de La Vera, el florido Valle del Jerte, la serenidad de La Serena, la sobrecogedora Siberia, la ubérrima Tierra de Barros, el equilibrio de la Dehesa, los olores del tomillo y de la jara; el contraste de las encinas carrascas, los quejigos, los rebollos, las retamas y el alcornocal; y sobre ellos, la bóveda azul celeste sin par que nos cobija.

El segundo comentario es: “¿por qué el Emperador de Europa vino a morir precisamente aquí? A tan frecuente pregunta siempre replíco, herido en mi orgullo, con dos respuestas consecutivas que más que dar una explicación intentan molestar al interlocutor hasta donde toleran las elementales reglas de la hospitalidad.

Mi primera respuesta es una reconvención: “si el Emperador se hubiera retirado a otro lugar de España que no fuese Extremadura, ¿usted me habría hecho la misma pregunta?” Ante esta duda ajena me planteo si se nos sigue considerando material de segunda, retal de desecho, corral de casa o territorio residual al que ni siquiera el tren quiere llegar.

La segunda respuesta, inmediata a la anterior, me sale de lo más profundo: de mi experiencia vital forjada día a día. Disculpe -le digo-, se equivoca al creer que Carlos V vino a Extremadura a morir. El Rey no vino a Extremadura a morir; a Extremadura vino a vivir, porque en Extremadura y en La Vera nadie viene a morir sino a encontrarse consigo mismo y a lograr una personal comunión con la Naturaleza, comunión que nos transporta hacia lo más recóndito de nuestro interior y a la vez nos transporta a lo más trascendente de nuestro ser. Predisposición del alma que posiblemente la prepare para la muerte, nunca estuve en ese trance, pero doy fe de que la nutre para la vida.

Dos ilustres testimonios sobre la Extremadura del siglo XVI los transcribe Víctor Guerrero Cabanillas en su libro sobre la salud de Carlos V, de obligada lectura si se quiere conocer la intrahistoria.

El primero, sobre la tierra saludable, es del ilustre médico extremeño Sorapán de Rieros, natural de Logrosán:

[Extremadura es] *...la región de las Españas, tal en sus cualidades, templanza y aires que excede de las demás para poder vivir los hom-*

*bres en ella más larga vida, más sanos, más robustos y que con menos peligro puedan los viejos ser trasplantados en ellas sin dar el pellejo... Nos ha parecido que es Extremadura la región que debe ser elegida entre las demás como más útil y conveniente para vivir vida sana y larga.*

El otro testimonio nos viene de la pluma del eminente D. Antonio Rodríguez Moñino y versa sobre los ilustres extremeños del XVI:

*¿Qué región o provincia española puede presentar durante el siglo XVI un haz de nombres entre los que figuren dramaturgos como Torres Naharro, religiosos como San Pedro de Alcántara, escriturarios de la talla de Arias Montano, médicos como Arce, descubridores como Hernán Cortés, filósofos como Fray Luis de Carvajal, filólogos como el Brocense, músicos como Juan Vázquez, teólogos como el P. Maldonado, matemáticos como el Cardenal Silíceo, poetas como Francisco de Aldana el Divino, épicos como Luis Zapata...?*

Carlos I de España, que también fue el Quinto de Alemania, había llegado a España con 17 años, desconocedor de nuestra lengua y de nuestras costumbres. A los 21 fue coronado Emperador de Europa. Con esa edad tuvo que enfrentarse a Solimán el Magnífico, que había tomado Belgrado, un hecho histórico que trascendió su carácter bélico: fue el primer ataque que sufrió Europa en su identidad, identidad que entonces no era sino la suma de las identidades diferenciadas de sus naciones.

En el año 29 de ese siglo, Solimán remontó el Danubio y llegó hasta Budapest, en la Europa interior. Carlos le esperó en Viena, y allí le detuvo.

Se enfrentó también con una importante ruptura dentro de la Cristiandad: la Reforma de Lutero, de la que ahora se conmemora el quinto centenario. Y a la vez, iniciaba la conquista de la Nueva España y el descubrimiento de Méjico. Y todo lo controlaba sin internet. No existía Euronews pero la noticia de sus conquistas llegaba a todos los confines del Imperio. No poco peso en estos éxitos debió tener su cercanía a uno de los mayores europeos de la Historia, a un monje

sabio, inteligente y humanista llamado Erasmo, que había nacido en Rotterdam 34 años antes que Carlos en Gante, y para quien había escrito su *Formación del Príncipe Cristiano*, obra en la que subrayaba los valores de la equidad social, la prudencia y, especialmente, el amor por la paz. Y cerca tenía también al valenciano Juan Luis Vives, sólo 8 años mayor que el Emperador, para quien escribió su tratado *De concordia et discordia in humano genere*. En esta obra, imbuida de la doctrina de su amigo Tomás Moro, afirmaba que las soluciones morales deben ser colectivas ya que las individuales son insuficientes. Daba igual que Erasmo fuera holandés y Vives español: eran europeos y sus ideas contribuían a la Modernidad y a la formación de una conciencia común europea firmemente arraigada en tantos valores como siempre Europa ha perseguido y en muy pocas ocasiones ha alcanzado.

Y hacia adentro, Carlos tuvo como problema, entre otros, la rebelión de los Comuneros. Vaya por delante mi simpatía personal hacia ellos pero este sentimiento no me impide pensar que les movía un trasfondo de oposición a la condición europea, distinta, diferente, de quienes acompañaban al Rey, más que al Rey mismo, que en sus 58 años de vida sólo pasó 7 en España y para quien -hablando en términos modernos- la política europea era más importante que la nacional. Carlos, no me cabe duda, se consideraba más Emperador que Rey de España. Así lo recordaba en su abdicación:

*...nueve veces fui a Alemania la Alta, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes; cuatro, en tiempo de paz y guerra, he entrado en Francia; dos en Inglaterra, otras dos fui contra África; las cuales todas son cuarenta, sin otros caminos de menos cuenta que por visitar mis tierras tengo hechos. Y para esto he navegado ocho veces el Mar Mediterráneo y tres el Océano de España, y agora será la cuarta que pasaré para sepultarme...*

Carlos V fue el primer rey que antepuso los intereses de Europa a los nacionales, quien defendió la política sin fronteras y luchó por

reconciliar antagonismos, quien en definitiva ideó una Europa política que debe servirnos de inspiración a la que ahora queremos construir, salvando las lógicas diferencias que cinco siglos de distancia imponen.

Con 55 años, el César se sentía viejo y cansado. Acepto que con esa edad se pueda estar cansado, pero no que se sea viejo. Buscando su último refugio acudió al consejo de su buen amigo y compañero de armas D. Luis de Ávila y Zúñiga, Marqués consorte de Mirabel, natural de Plasencia, a quien le pidió que le recomendara un lugar en la Corona de Castilla en el que estuviera asistido espiritualmente por monjes jerónimos. Posiblemente también le pidiera opinión a su amigo el Conde de Osorno. El lugar no podía ser otro que el Monasterio de Yuste. Decidido a retirarse allí, mandó construir una morada a la que hoy pomposamente llamamos “Palacio de Carlos V” o “Palacio del Emperador” pero que de palacio y de lujo nada tiene. Se trata de una casa austera, sin pretensiones, de dos plantas simétricas ideadas para habitar la superior en los meses fríos y la baja durante los meses de calor. Mucho tendría que ver en tal sobriedad que el encargado de diseñar el edificio y dirigir las obras no fuera un arquitecto de la Corte sino un monje, Fray Antonio de Villacastín. Nunca llegó a vivir en la planta baja porque cuando llegó a Yuste, 3 de febrero de 1557, ocupó el piso superior, más cálido, y cuando llegó el estío no se bajó a la planta inferior, que emplearon algunos de sus servidores. Esta planta baja es la que actualmente ocupa la Fundación Academia Europea de Yuste. En la misma estancia en que previsiblemente el Emperador hubiera situado su escritorio, con vistas al estanque lleno de truchas que tanto le agradaba, dispongo hoy de una mesa en la que trabajo y sobre la que reposa un ordenador conectado a internet y varios teléfonos que me ligan a todo el mundo. Aventuremos a imaginar qué empresas no acometería el Emperador si hubiera tenido a su alcance semejantes artilugios que ni siquiera el ingenio de Juanelo Turriano pudo idear.

En el año 1883, Pedro Antonio de Alarcón publicó sus “Viajes por España”, cuyo primer capítulo se titula precisamente “Una visita al Monasterio de Yuste”. En él cuenta que Carlos había participado en el diseño de la casa pero lógicamente no la conocía. Por eso, cuando aún se

hallaba en los Países Bajos y faltaba tiempo para ver su última morada, le pidió a su hijo Felipe que aprovechara uno de sus viajes y se desviara hasta Yuste para visitar los trabajos de construcción, planteara las habitaciones que el monarca necesitaría y le diera su parecer sobre el lugar. Cuando Felipe llegó a Cuacos quedó horrorizado. Ningún camino conducía hasta el monasterio por lo que tenía que abrirse a campo traviesa entre la fronda del bosque. El terreno, escarpado y hostil, lleno de cabras que brincaban y embestían por doquier. Y los mosquitos... los temibles mosquitos portadores de la malaria, tenían en aquel lugar hecho su edén. Felipe permaneció en Yuste el tiempo estrictamente necesario para ver, reponer fuerzas y salir huyendo. Por eso en la carta que le envió a su padre le desaconsejaba vivamente que se retirara a tan escondido lugar, queriéndole disuadir de su intención. Cuando Carlos leyó la misiva, se reafirmó en su idea de retirarse a Yuste porque “lo que a mi hijo desagrade, a mí me complace”.

El 17 de septiembre de 1556 abandonó por última vez Flandes. El 28 de ese mes llegó a Laredo y el 6 de octubre comenzó un largo y penoso viaje hacia Extremadura, unas veces en silla a brazos y otras en litera.

Cuando estaba próxima su llegada a Yuste, las obras no habían concluido. Ese fue el motivo de que desde noviembre de 1556 a febrero de 1557 residiese en el castillo de los Condes de Oropesa, hoy Parador Nacional de Jarandilla de la Vera, aguardando la terminación de las obras con su habitual mal humor.

El tiempo que Carlos pasó en Yuste -1 año, 7 meses y 18 días-, fue para él, en palabras de Marcelino Oreja, una etapa de reflexión, en la que revisó las instrucciones que iba a dejar a su hijo, el que pronto habría de llamarse Felipe II. En ellas resaltan tres recomendaciones: la primera, le instaba a que sostuviera la integridad de la fe en sus dominios; la segunda, trataba de la paz de Europa con los otros reinos; en la tercera le aconsejaba buscar una tregua con el turco para asegurarse la paz en el Mediterráneo. Esas tres recomendaciones no han perdido vigencia cinco siglos después.

Cuando el Emperador hablaba de sostener la integridad en la fe, en la concepción religiosa y omnipresente de antaño, podemos entender

hoy la integridad ética de los principios y valores de la conciencia europea, humanista y democrática, frente al asalto del olvido y el enroque en los viejos nacionalismos y los nuevos populismos.

Esa integridad supone también defender la paz a ultranza, garantizar la unidad y la cohesión interior e impulsar una Europa mejor como única alternativa frente a riesgos involucionistas y desintegradores.

Por último, mantener la paz con el turco puede entenderse fácilmente en el actual contexto internacional de permanentes y poliédricos peligros. Cuando aquí dice *turco*, leo cuantas amenazas violentas, excluyentes y aniquiladoras pretenden cercar hoy a Europa, y ante las que deberemos estar vigilantes, en esa permanente tensión existente entre libertad y seguridad.

El legado de Carlos V no arraigó como hubiera sido su deseo. Resulta innecesario detallar cuántos avatares autodestructivos marcaron los siglos posteriores en Europa y cuántas guerras civiles asolaron su territorio. Algunos datos resultan escalofriantes: la Guerra de los Cien Años, que enfrentó a Francia e Inglaterra, duró 116 años. ¿Se imaginan que aún estuviéramos inmersos en la I Guerra Mundial? O los 15 años que duró la Guerra de Sucesión española... Todos estos conflictos, derivados en muchas ocasiones de banales egos personales, hicieron fracasar cualquier propósito de construcción europea hasta la mitad del siglo XX. Posiblemente fuese porque los intentos estaban marcados por el sello del imperialismo y de la imposición frente a la convicción.

Durante el periodo intermedio, el sueño no dejó de latir, pero sólo fue eso: sueño; mucho ruido y pocas nueces. Traigo a colación la premonición de Víctor Hugo formulada con cándida inocencia hace dos siglos:

*Un día llegará en el que las bombas serán reemplazadas por el venerable arbitraje de un Senado soberano que será para Europa lo que la Asamblea es para Francia. Un día vendrá en el que habrá dos grupos inmensos, los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa, situados uno frente al otro y se tenderán la mano sobre el mar. En el siglo XX habrá una nación extraordinaria que tendrá por capital a París pero no se llamará Francia sino Europa. Se*

*llamará Europa en el siglo XX y en los siguientes, y aun transfigurada se llamará Humanidad.*

El proceso de construcción europea en el que nos encontramos, iniciado hace ahora sesenta años, fue consecuencia del desastre provocado por dos guerras devastadoras. Al concluir la Primera Guerra Mundial, la inconsciencia colectiva llevó a la común opinión de que era imposible que se repitiese un conflicto tan absurdo como el que se había vivido. Los *felices años 20* fueron el alivio que sigue al miedo, sin que se adoptasen las medidas necesarias para evitar un nuevo desastre.

Una crisis económica larvada durante años, y que estalló a finales de 1929, franqueó el paso a políticas nacionalistas, excluyentes, xenófobas y antisociales que fueron una de las causas del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Un periodo de crímenes contra la Humanidad, contra víctimas cuya única culpa era la de tener condición humana.

Aún me siguen estremeciendo las palabras que Simone Veil pronunció hace unos años en Yuste -en Yuste tuvo que ser- y que con todo respeto reproduzco. Dicen así:

*Yo pertenezco a la generación nacida entre guerras, entre esas guerras que enlutaron no solamente a Europa, sino por culpa de Europa al mundo entero. Un centenar de millones de seres humanos, tanto militares como civiles, perdieron la vida en el curso de las dos guerras mundiales. En todas las familias se ha llorado a los muertos en combate, tanto a los padres como a los hijos. Los historiadores contemporáneos no vacilan en probar que la batalla de Verdún acarrió la muerte de 700 mil hombres. Quién hubiese pensado que un país tan rico como Alemania podía sucumbir ante el nacionalismo. La mayor parte de nuestro Continente se vio invadido para que los ciudadanos perdieran sus libertades. Los opositores fueron deportados a campos de concentración, progresivamente habíamos de asistir en toda la Europa continental a la deportación y el exter-*

*minio de los judíos. Esa suerte corrió mi familia, fui deportada con mi hermana mayor y mi madre, que murieron; en cuanto a mi hermano y mi padre, desaparecieron. Nunca supimos qué fue de ellos. A partir de esta adolescencia trágica podría parecerles paradójico que desde los años 50 militara por la reconciliación entre Francia y Alemania, a condición de que se construyera una Europa de igualdad de derechos y de democracia.*

Veo reflejada en la trágica historia de Simone Veil la terrible sentencia que 25 siglos atrás proclamara Heródoto:

*En la paz, los hijos entierran a los padres; la guerra altera el orden de la naturaleza y hace que los padres entierren a los hijos.*

Sólo 5 años después de concluir la Guerra, dos insignes padres fundadores, Robert Schuman y Jean Monnet, sentaron las bases del proceso en el que seguimos caminando. Schuman había nacido en 1886 y Monnet en 1888. Ambos habían vivido y sufrido las dos guerras mundiales.

El 9 de mayo de 1950, a las 6 de la tarde, en el Salón del Reloj del *Quai d'Orsay*, en París, Robert Schuman, acompañado por Jean Monnet, pronunció la Declaración que pasaría a la Historia identificada con su apellido. No se trataba de una hermosa declaración de principios henchida de solemnes palabras como, por ejemplo, contiene la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, esa que proclama entre los derechos fundamentales de los hombres el de la búsqueda de la felicidad.

No. La Declaración Schuman era mucho más prosaica. Hablaba de la producción del carbón y del acero, de garantizar su suministro tanto a Francia como a Alemania, de mejorar las condiciones de los trabajadores de estas industrias... pero la misma declaración en sí, la confluencia de intereses y la unión de esfuerzos entre países que sólo cinco años atrás se mataban, era un logro en sí mismo y una llama que prendía en medio del abismo oscuro de la posguerra. En medio de este

discurso económico se deslizó casi con timidez una frase que ha de ser piedra angular de este proceso:

*Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas que creen en primer lugar una solidaridad de hecho.*

¿Qué es Europa? Europa es, ante todo, una solución, un antídoto frente a la barbarie que siempre, con tenaz cadencia mortal, nos asola a una generación sí y a otra no. Europa es un proyecto de futuro que deberá labrarse día a día para convertirla en un lugar más seguro, más próspero y más social, conscientes de que éste es un árbol que hoy plantamos y a cuya sombra seguramente no nos sentaremos.

La Europa de nuestros hijos por la que trabajamos es una Europa que lucha sin tregua contra el terrorismo, de manera coordinada y solidaria; que siente a Londres, Manchester, Niza, París, Madrid, Bruselas, Estocolmo y Berlín como ciudades hermanadas porque cuando se ataca a una, se ataca a todas. Queremos una Europa que proteja sus fronteras exteriores, las únicas que conoce, porque ha borrado las interiores. Una Europa que no es insensible ante quienes se hacinan a sus puertas pidiendo techo y comida. Una Europa que se quiere construir mirando de frente al *Mare Nostrum*, el mismo en cuyas aguas se miraron los filósofos, los políticos, los artistas, los guerreros nobles; un espacio que fue pasillo en una casa con muchas dependencias, con voces diferentes, pero con un idioma común. Un Mar Mediterráneo que no queremos que se convierta en un segundo Mar Muerto ni en un Mar de los Muertos.

En un mundo que por momentos parece desmoronarse, en el que el 1% de su población atesora el 95% de la riqueza, nos preguntamos quién puede alzar su voz y detener tanta barbarie. ¿Acaso los EEUU de Donald Trump? ¿O lo será la Rusia de Putin? ¿Quizás el Partido Comunista chino?

En EEUU se tolera la más injusta distribución de riqueza que imaginarse pueda y con la nueva Administración, las esperanzadoras reformas sociales de Obama han caído en el olvido: sin un sistema de

protección social público, millones de americanos están condenados al sufrimiento y a la muerte; otros muchos quedarán terriblemente desamparados al perder su trabajo o al envejecer. ¿Qué podemos esperar de una Administración que repudia a la Madre Tierra retirándose del Acuerdo de París contra el cambio climático?

En Rusia y en China, quién lo diría antaño, viven nuevos ricos que acumulan fortunas inimaginables, incluso obscenas. La palabra *ruso* se está convirtiendo en sinónimo de rico sin límites y a veces también sin escrúpulos.

Europa ha de ser el bastión que frene tanta sinrazón, no sólo una caja registradora. Nuestro modelo social es el mejor y aun cuando claramente sea perfeccionable y no siempre exportable, debe ser una referencia para el resto del mundo.

La Europa que queremos construir es una Europa en la que la sanidad y la educación sean auténticos derechos sociales y no meras prestaciones de servicios. Queremos una Europa que busca el pleno empleo y el crecimiento no a cualquier precio y aún menos a costa de las personas; una Europa que permite a los jóvenes formarse adecuadamente e imaginar el futuro con la confianza de que al concluir sus estudios hallarán un trabajo acorde con su preparación y que por él recibirán una remuneración adecuada: un trabajo que les permita vivir dignamente más que hacerles ricos; un trabajo que antes de hacerles ricos les permita hacer ricos a los demás; una vida en la que triunfen o aprendan, pero no fracasen. Queremos una Europa que haga de la protección del medio ambiente una seña de identidad y que luche por la consecución y el mantenimiento del Estado del Bienestar. Una Europa consciente de su papel de equilibrio en el concierto internacional, cohesionada en la diversidad, respetuosa con la discrepancia, integradora con la discapacidad y firme en la preservación de sus valores tradicionales e imperecederos: la democracia, la libertad, la igualdad y la solidaridad.

Este anhelo de una mejor Europa, de la Europa soñada, queda bien reflejado en el episodio que el Presidente del Parlamento Europeo, Antonio Tajani, contó el mes pasado en Yuste -una vez más Yuste-. Según

Tajani, hace casi dos mil años, un joven hispano nacido en Itálica, que años después dominaría el Imperio bajo el nombre de Trajano, le preguntó a su padre:

*¿Puede un hispano ser emperador romano? ¿Qué sentido tiene que un hispano vaya a Roma?*

El padre, le respondió:

*Hijo, Roma no es una ciudad. Roma no es el Imperio. Roma es una identidad, son nuestras leyes, infraestructuras, nuestra historia, nuestros pueblos diferentes, las religiones que cohabitan dentro de las fronteras de este Estado.*

Cuando nos pregunten qué es Europa, para qué sirve ser europeo, o si hay que creer en ella, deberíamos responder como lo hizo el padre de Trajano: Europa es un gran ideal, es nuestra civilización, nuestra historia, nuestro Derecho, nuestras diferencias y nuestra libertad. Vale la pena creer en ella y dedicar nuestro futuro a la realización de este sueño que hay que regalar a nuestros hijos.

Este empeño es el que guía a la Fundación Academia Europea de Yuste desde hace veinticinco años. En este tiempo ha hecho suyo el afán de contribuir al proceso de construcción europea mediante numerosas acciones en los ámbitos de la cultura, la investigación, la educación y el compromiso social para conseguir el sueño perseguido por generaciones de europeos durante siglos: una Europa en paz, próspera, estable, libre, democrática, solidaria con los más débiles y respetuosa con la diversidad; una Europa organizada y viva que, conociendo y asumiendo las grandezas y errores de su pasado, se dirija confiada al futuro como un tiempo de convivencia pacífica.

La idea de la Fundación Academia Europea de Yuste surgió a principios de los años 90 de un eminente antropólogo navarro, José Antonio Jáuregui Oroquieta, discípulo de Salvador de Madariaga, quien

ideó una academia, al estilo de la de Platón, integrada por personalidades que ocuparían simbólicos sillones identificados con el nombre de ilustres europeos de todos los tiempos. Sus primeros intentos de crearla no tuvieron éxito y fue en Extremadura, gracias a su Gobierno y a la convicción personal de su Presidente, D. Juan Carlos Rodríguez Ibarra, donde tan feliz idea tuvo acogida y pudo hacerse realidad. Se constituyó como fundación el 9 de abril de 1992 y en poco tiempo los sillones de la Academia empezaron a ser ocupados por eminencias como, entre otros, el pintor Antonio López; los políticos Marcelino Oreja, Gaston Thorn, Federico Mayor Zaragoza, Vaclav Havel y Rodríguez Ibarra; el teólogo Hans Küng; la científica Margarita Salas; el Cardenal Franz König; el sociólogo Alain Touraine, el cardiólogo Valentín Fuster, la pianista María João Pires, el eminente músico Rostropovich, los historiadores Paul Preston, Carmen Iglesias y Manuel Fernández Álvarez; y los escritores Umberto Eco y José Saramago.

En estos años, la Fundación Academia Europea de Yuste ha convertido el Real Monasterio de Yuste y el Palacio de Carlos V en un lugar de encuentro físico e intelectual de gentes venidas de los más diversos confines, un espacio en el que confluyen ideas, en el que se unen en plano de igualdad la sabiduría de nuestros académicos con el entusiasmo por aprender de los jóvenes; un enclave plural, libre y comprometido en la reflexión sobre los problemas que acucian a los ciudadanos europeos, y un valioso cauce de proyección de la imagen de Extremadura y de España en el exterior. En esta labor, la Academia se ha erigido como el sustento intelectual del proceso de construcción de Europa en el que la Fundación está comprometida. Un foco de convicción europea, de pasión europea, avivado desde Extremadura y que debe reactivarse para que siga siendo foro de reflexión y debate sobre asuntos que a todos conciernen.

Nuestra Academia es reflexión pero también es depositaria de un acervo de europeísmo que debe transmitir a las siguientes generaciones. Por ello, la Fundación trabaja en el proceso de construcción europea a través del fomento de la educación y la cultura como elementos sólidos de cohesión y de futuro, organizando cientos de cursos de vera-

no, seminarios, jornadas, encuentros, exposiciones, conciertos... junto con numerosas redes y universidades españolas y europeas.

Permítanme que les dé unos datos porque al ser una fundación sostenida mayoritariamente con fondos públicos tenemos que ser transparentes con el uso que hacemos de un dinero que es de todos.

La Fundación dispone este año de un presupuesto de 899.670 € que administramos con lealtad y austeridad ya que la inmensa mayoría del mismo, muy por encima del 70% que la ley nos exige, va destinado al cumplimiento de los fines fundacionales, especialmente a becas para la formación de alumnos. Este año, serán más de 400 los que asistirán a nuestro Campus Yuste 2017, organizado junto con la Universidad de Extremadura.

Junto a ellos, por primera vez este año la Fundación ha iniciado una labor de difusión de Europa por los colegios de Extremadura, en una campaña dirigida a alumnos de entre 12 y 14 años, como siembra que algún día la propia Europa cosechará. Más de 500 han visitado el Real Monasterio de Yuste en el último trimestre y han asistido a las charlas que se les han impartido sobre Europa.

Así mismo, cada año la Fundación convoca 10 becas de 3.000 € destinadas a alumnos que estén realizando sus tesis doctorales y éstas versen sobre un tema propuesto por el último galardonado con el Premio Europeo Carlos V. En la edición de 2016 lo obtuvo la Profesora italiana Sofía Corradi, creadora del Programa Erasmus, quien propuso como tema de investigación “Paz y valores europeos como posible modelo de integración y progreso en un mundo global”.

Al reclamo de la convocatoria, este año se han presentado 109 solicitudes, frente a las 21 del año anterior. El jurado, al que he tenido el honor de pertenecer, e integrado por ilustres profesores como la propia Sofía Corradi, Michel Dumoulin, Jürgen Elvert y Rebeca Grynspan, se ha enfrentado ante una difícil decisión resuelta hace pocos días. Los beneficiarios de las becas han sido diez jóvenes doctorandos europeos: 7 mujeres y 3 hombres; y sus procedencias, diversas: 3 españoles (felizmente, uno de ellos extremeño), 2 italianos, 2 húngaros, 1 francés, 1 serbio y 1 hispano-peruano. Les doy un dato para que puedan entender

la calidad de estos estudiantes y de sus trabajos. La joven que obtuvo el número 1 en la puntuación es de nacionalidad serbia. La nota media de su expediente académico, en la Universidad de Maastricht, es de 9,55 sobre 10, y ha acreditado documentalmente, mediante los oportunos certificados, el dominio de 7 idiomas. El tema de su tesis doctoral, “De la balcanización a la europeización: las políticas de memoria en Croacia y en Serbia 2000-2015”.

Estos diez jóvenes europeos se reunirán en Yuste la última semana del mes de julio para conocerse e intercambiar conocimientos junto con los profesores que les orientarán. Creemos que es un buen modo de emplear el dinero de todos y a la par construir Europa. Y todo ellos desde Yuste, corazón de Europa.

Y el futuro inmediato, dentro sólo de unos días, nos depara la apertura de nuevos horizontes gracias a la fusión con la Fundación Centro Extremeño de Estudios y Cooperación con Iberoamérica (CEXECI), que dará lugar a la Fundación Academia Europea e Iberoamericana de Yuste. Esta nueva fundación servirá de punto de conexión entre Europa e Iberoamérica y cimentada sobre los pilares de la lealtad, del respeto por la respectiva identidad, del mutuo beneficio y de la solidaridad, tendrá como objetivos los de contribuir a la promoción de la democracia, el respeto a los derechos humanos, el fomento de la paz y la concordia internacional así como el desarrollo integral, armónico, equilibrado y sostenible de todos los pueblos y naciones del mundo, especialmente mediante la promoción de la cultura, la investigación, la difusión del conocimiento, la integración social y la promoción del multilingüismo.

Este nuevo proyecto, de gran calado, es un proyecto de Extremadura y de España que cuenta con el respaldo institucional de la Corona, tal como hizo explícito S.M. el Rey en el discurso que pronunció en Yuste el pasado 9 de mayo.

Extremadura, y Yuste en particular, está llamada a ser en el futuro un lugar de encuentro de dos mundos distintos pero a la vez complementarios: Europa e Iberoamérica. Extremadura deberá convertirse mañana en la casa paterna, en el hogar de los padres al que acudimos

los hijos para reencontrarnos, ahondar en nuestras raíces y en ocasiones limar asperezas.

Un gran proyecto, una nueva ilusión, un nuevo reto para nuestra tierra al que todos estamos llamados y al que hoy, en esta tarde pacense y casi veraniega, les convoco.

Hago votos para que así sea y para que Yuste siga siendo corazón de Europa y también de Iberoamérica.

*He dicho.  
Muchas gracias.*